

zarlas á fin de ponerlas al alcance de todos. Respetamos como el que mas las personas y las convicciones; pero nos es de todo punto imposible el transigir con los deberes del historiador ni con la alta mision que, como tales, debemos cumplir. En estos tiempos en que todo se permite, debe tambien decirse todo.

J. CRETINEAU-JOLY.

Portici 4 de setiembre de 1843.

HISTORIA

DE LA

COMPAÑIA DE JESÚS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Jesuitas expulsados de Rusia.—Susituacion en el Imperio.—Envidia de los Papes y de las Universidades.—Alejandro encarga á los Padres las misiones de Siberia y Odesa.—El duque de Richelieu y el abate Nicolle.—Bzrozowski, general de los Jesuitas, y el conde José de Maistre.—Su plan para emancipar la educacion.—Exigencias de las Universidades.—Bzrozowski se dirige al conde Rasoumoffski.—Los extranjeros destinados á la instruccion.—Piden los Jesuitas que el colegio de Polotsk sea erigido en universidad.—Perplejidad de Alejandro.—Toma el conde de Maistre el partido de los Padres.—Retrato de José de Maistre.—Sus cartas al Ministro de Instruccion pública.—Manda el Czar que el colegio de los Jesuitas sea elevado á universidad.—Proyecto de los Jesuitas de pasar á España en 1812 para restablecer el Instituto.—La Sociedad bíblica y el príncipe Galitzin, ministro de Cultos.—Carácter de Alejandro I.—Acoge la idea de las Sociedades bíblicas.—Los Obispos del rito romano, alentados por el príncipe Galitzin, entran en la Sociedad bíblica.—Los Jesuitas rehusan tomar parte en ella.—La combaten.—Aumento de los Católicos.—Causas que lo produjeron.—Alejandro Galitzin abraza el Catolicismo.—Cólera de su tío.—Carta del P. Billy.—Las Sociedades bíblicas preparan la caida de la Compañía.—Medios empleados para lograrlo.—Las ideas de la Santa Alianza explotadas contra los Jesuitas por los Protestantes y los Cismáticos griegos.—Úkase por el cual se destierra á los Jesuitas de San Petersburgo.—Basa Alejandro en asuntos religiosos su decreto de proscripcion.—El *Inválido ruso* y el P. Rozaven.—Causas secretas de las consideraciones del Emperador respecto á los Jesuitas.—Ocupacion de sus papeles.—Bzrozowski escribe á Alejandro.—Pide marchar á Roma.—Conviértese el vasto imperio de Rusia en simple provincia de la Orden.—Los Jesuitas son expulsados de Rusia.—Relacion del príncipe Galitzin.—Acusaciones que contiene.—Los Jesuitas misioneros.—Sus trabajos.—El P. Grivel en Volga.—El P. Coince en Riga.—Sus obras de caridad y educacion popular.—Sus instituciones.—El marqués Pallucci y el Jesuita.—El Padre Gil Henry en el Cáucaso.—Las colonias de Mozdok.—Corresponden-

cia del Misionero. — Propone el Gobierno ruso á los Jesuitas que no salgan de sus misiones. — Rehusan los Jesuitas adherirse á ello. — Dispersion de los Padres. — La Compañía de Jesús en Roma. — Trabajo interior de sus miembros. — Situacion del Instituto. — Sus primeros colegios. — Noviciado de San Andrés. — Entra en la Compañía de Jesús el rey Cárlos Manuel de Cerdeña. — Muere en el noviciado. — Muerte de Bzozowski, general de la Orden. — El P. Petrucci, designado vicario, fija la Congregacion general. — El cardenal della Genga y su oposicion. — Manda Petrucci á los profesos deputados suspender su viaje. — El P. Rozaven les escribe que lo continúen. — Nuevas exigencias del cardenal della Genga para retardar la eleccion. — Sospechas de los Jesuitas. — Acuden al Papa. — El cardenal Consalvi les tranquiliza. — Plan de la intriga fraguada para modificar las Constituciones. — Reúnesse la Congregacion. — Procura alejar Petrucci á los Padres que no depositan en él su confianza. — La Congregacion destituye al Vicario general. — Luis Fortis es nombrado general de la Orden. — Condénase á cuantos intentaron llevar la discordia en el Instituto. — Comisarios nombrados para la revision del *Ratio studiorum*.

Apenas acababa de reconstituirse en el mundo católico la Sociedad de Jesús, cuando se vió esta expulsada del Imperio que habia venido á ser para ella su segunda cuna por los cuidados de la emperatriz Catalina y de Pablo I. Habia llegado el dia de las restauraciones; los Reyes de la casa de Borbon, así como el soberano pontífice Pio VII, procuraban reparar en lo posible la grande iniquidad contra la cual Catalina de Rusia y Federico II de Prusia protestaron tan enérgicamente. Los Jesuitas habian sido rehabilitados por la Santa Sede y por los Soberanos todos que antes proscribieron el Instituto, en el momento mismo en que Rusia, su patria adoptiva, los arrojaba de su seno. Despues de haberles recibido generosamente cuando desterrados, parecia arrepentirse la Rusia de la buena fe de su hospitalidad y querer denunciar á la Europa á aquellos religiosos que antes preservara de la muerte. Este notable cambio en las ideas de un gran pueblo podia ser en extremo fatal á la Compañía de Jesús, por exponerla á ser blanco de las sospechas que inevitablemente debian despertar contra ella antiguos odios, así como por hacer mas difíciles los primeros pasos que iba á dar en un terreno inseguro todavía. El Czar, que se hallaba en el mas alto grado de su poder militar y moral, habria podido ser para los discípulos de san Ignacio un terrible enemigo; pero Alejandro, poseido de un sentimiento de justicia, no permitió se desnaturalizaran los motivos que promovieron la expulsion de los Jesuitas, ni menos consintió se propagaran contra ellos falsedades, que sus ene-

migos de todos los tiempos habrian acogido con la mayor avidez. Nada tuvo de denigrante esta expulsion, ni para la conciencia, ni aun á los ojos de los hombres, por ser únicamente el resultado de una rivalidad de religion, segun lo manifestaron el mismo Emperador y el Gobierno ruso á la faz de Europa, que lo creyó del mismo modo: para hacerla comprender mejor, solo falta desenvolver los acontecimientos y los caractéres.

Mientras que los Jesuitas, en reducido número, se ocuparon en reconstruir su Sociedad con los despojos del naufragio, ninguna desconfianza abrigó el clero ruso ni la corporacion dedicada á la enseñanza contra aquellos proscritos. Sin infundirles ningun recelo su aptitud por la enseñanza ó educacion de la juventud, se les dejó plantear en el fondo de la Rusia Blanca, ó en medio de las colonias del Volga, el Evangelio y la civilizacion. Tan pronto, empero, como la amistad de Pablo I con el P. Gruber y los rápidos progresos de una milicia apenas reorganizada y siempre tan moderada como sábia, permitieron á los Jesuitas emprender el cultivo de mas vasto campo, no se ocultó á los popes ni á los universitarios de Vilna el funesto golpe que por aquel acrecentamiento iba á recibir su omnipotencia. La comparacion que trataron de establecer entre su inteligencia con la de los Jesuitas no debió de serles muy satisfactoria, cuando llegaron á confesarse entre sí su inferioridad tanto en las letras humanas, como en las ciencias divinas. Demasiado humillados para levantarse de aquella postracion normal, procuraron conservar á todo trance el último reflejo de poder que debia asegurar su existencia precaria. El pope ruso no puede ser considerado como el sacerdote católico, por haber carecido siempre de su obediencia razonada, y no tener su educacion, su caridad, ni su ardiente celo; nunca se le ve, como al sacerdote católico, limosnero del rico y padre del pobre, inspirar á todas las clases el respeto y la confianza. El espectáculo de las virtudes que los Jesuitas ofrecian á su vista, la consideracion de que gozaban, ese cúmulo de deberes cumplidos, todo hizo una profunda impresion en el clero cismático, cuya admiracion en un principio no tardó en degenerar en negra envidia. Siendo enteramente imposible á los sacerdotes griegos imitar á los discípulos de san Ignacio en la enseñanza y el apostolado, se concertaron con los universitarios para declararles una guerra sorda y terrible. Para ello empezaron por espiar sus palabras, desnaturalizar sus ideas, infundir sospechas acerca de sus actos aun los mas indi-

ferentes; y, como no fuesen aun bastantes todos estos medios, se puso tambien en juego el orgullo nacional, y hasta se afectaron temores quiméricos sobre la perpetuidad de la religion del país, suponiéndola amenazada por el proselitismo. Hábilmente imbuidas estas falsas ideas en todos los corazones, se aguardó la hora de su desenvolvimiento, que por desgracia no se hizo aguardar por mucho tiempo.

Alejandro habia seguido, respecto á los Jesuitas, la misma conducta adoptada por su padre y su abuelo: los protegía y alentaba, y en 1811 les abrió las puertas de la Siberia. Formóse luego una mision en aquellos inhospitalarios desiertos, quedando así complacida el alma cristiana del Emperador por ver que ya en lo sucesivo no iban á carecer de los auxilios de la religion los católicos desterrados, ni aquellos á quienes el cebo de la ganancia les obligaba á permanecer en medio de sus eternos hielos. Tres Padres de la Compañía designados por el Monarca, fueron los que se encargaron de aquella mision que debia colmar los votos del Emperador; asimismo salieron otros para Odesa con el propio objeto. Debíó aquella nascente colonia á dos franceses la parte mas maravillosa de su prosperidad y pujanza; pujanza y prosperidad que debieron complacer no poco al duque de Richelieu y al abate Nicolle, cada cual en su esfera, por considerar los efectos del plan de gobierno y de educacion que ambos propusieran. Habian pedido Jesuitas para dar á su obra toda la extension de que era susceptible, y ensanchar en lo posible el círculo de los verdaderos progresos sociales. Los misioneros del Instituto poseian el don de lenguas; por medio de la persuasion y caridad tomaban fácilmente un ascendiente irresistible sobre los bárbaros; al poco tiempo los reunieron ya en familia á fin de inducirles insensiblemente á bendecir el yugo de la civilizacion. Quiso el Emperador asociarse á los proyectos de Richelieu y de Nicolle: otros hijos de san Ignacio fueron enviados por él á Odesa, cuya ciudad vino á ser el centro de una nueva mision que difundió en Crimea los beneficios del Cristianismo.

Estudiaba el P. Tadeo Bzrozowski el trabajo de la Orden de que era jefe, procurando secundar el pensamiento dominante del Emperador; pensamiento dominante que tendia nada menos que á propagar la instruccion hasta las tierras mas remotas. Á fin de secundar, pues, tan noble proyecto, no temió Bzrozowski empeñarse en un conflicto ó motin con las ambiciones universitarias. Dotado

de una inteligencia rara, y de un espíritu sufrido y tenaz, y apoyado por un hombre que disfrutaba en la corte de Rusia de una autoridad mas bien debida á su genio que á su título diplomático; tal era el conde José de Maistre, embajador de Cerdeña cerca del Czar, el cual con la franqueza de sus convicciones y la rigidez algo absoluta de su carácter pronunciado en favor de los Jesuitas sostuvo, como si fuera la piedra angular del edificio social, aquel laborioso engendro de un plan de educacion popular, excitando constantemente á Bzrozowski á que creara á su Instituto una posicion independiente. Todas las casas de los Jesuitas estaban subordinadas á las universidades de sus respectivos distritos; convenia por lo tanto librar á los colegios de esa dependencia interior, si no queria verse comprometido su porvenir por el espíritu de monopolio que iba creciendo á medida que iban progresando los nuevos colegios. Suscitáronse mas de una vez fuertes discusiones entre la academia de Vilna y los Padres de Polotsk, por desear la Universidad, á fuerza de impertinente vigilancia y minuciosas prescripciones, alterar en su esencia la educacion dada por los Jesuitas. Deseando servir de rémora á su marcha y progresos, pretendia la Universidad que todos los jóvenes, al salir del colegio de la Compañía, fuesen á recibir en su seno el complemento de la instruccion.

Aumentada á la sazón la universidad de Vilna por un gran número de doctores extranjeros y catedráticos cosmopolitas, hacíase en ella públicamente alarde por parte de estos de profesar y hasta enseñar principios anticatólicos. Si bien debia la Universidad profesar la religion del Estado, y hacer que aquella misma religion fuese respetada en todos los púlpitos, no podia sin embargo inmiscuirse ni discutir sobre la fe y las creencias de los demás súbditos rusos, ni mucho menos matar esta con las armas de la arbitrariedad. Allí, como en todas partes, solo invocaban los Jesuitas la libertad: sometidos á la inspeccion de los visitadores universitarios, no se oponian de modo alguno los Padres á los rigurosos exámenes que debian sufrir sus alumnos. Aunque este estado de inferioridad legal no perjudicaba visiblemente á la Sociedad de Jesús, contribuía, no obstante, á atizar en los ánimos una irritacion que tarde ó temprano debia impedir tanto á los novicios de la Compañía como á los profesores de Vilna entregarse á serios y profundos estudios. Aquella cuestion de preeminencia habia sido á menudo discutida bajo los dos diferentes puntos de vista; los debates fueron cada dia mas sé-

rios, por lo que fué abultándose mas y mas aquella, hasta que por último se convirtió en cuestion de Estado. Esforzabase el P. Bzrozowski en poner término á aquella inestabilidad, como lo demuestra el haber escrito al conde Rasoumofski el 24 de agosto de 1810 en estos términos: «Es muy importante que se inculquen á la juventud del Estado principios de patriotismo, sentimientos de sumisión, respeto y adhesión á la persona del Soberano; pero ¿qué certeza puede tenerse de que se infundan cuidadosamente esos sentimientos en las Universidades, en las cuales muchos profesores no tienen apego alguno al Imperio sino por las dotaciones que perciben, que son sus intereses distintos é independientes de los del Estado, y que por lo mismo parecen estar mas dispuestos á sofocar que á enardecer el patriotismo en el corazón de la juventud?»

El método de enseñar de los Jesuitas, así como sus resultados, se veían seriamente atacados por todos los hombres de Oriente y Occidente á quienes se apelara para fecundizar la Rusia. Defendían los hijos de Loyola su *Ratio studiorum*; al paso que la Universidad, recelosa de sus privilegios y confiando en su monopolio para atajar el progreso literario ó científico, podía sujetar á los Padres á sus leyes y á sus reglamentos. Por el contrario, los Jesuitas pretendían que de la libre competencia en los diversos métodos de enseñanza debía nacer por preciso resultado una generación mas fuerte y sólidamente instruida; y á fin de estimular esa noble emulación, proponían al Emperador que elevase su colegio de Polotsk á universidad, bajo la vigilancia inmediata y especial del Gobierno. El 11 de setiembre de 1811, dirigía el General de la Orden al conde Rasoumofski una nota en la cual le decía: «Nada absolutamente pedimos, sino que se nos conserve en la posesión de los bienes de que al presente disfrutamos: lo que hace que sean las Universidades tan onerosas al Estado, son los honorarios de los profesores, que deben hacerse venir muchas veces de países extranjeros causando con ello gastos de gran consideración. No sucede otro tanto con respecto á nosotros, por ser nuestra Orden la que se encarga de procurararnos todos los profesores que podemos necesitar, y estos profesores están obligados á desempeñar su misión sin ningun sueldo, sin ninguna mira de interés temporal, y únicamente para llenar el deber de su vocación.»

Esta correspondencia del P. Bzrozowski con el ministro del Czar, estas notas que consultaba Alejandro, y que tan en armonía estaban

con su espíritu de justicia y con las aspiraciones de sus súbditos católicos, eran redactadas con tanta sabiduría y prudencia, que podían ser consideradas como una verdadera teoría sobre la educación. Lo que solicitaban los Jesuitas y los habitantes de la Rusia Blanca era de rigurosa justicia, como así lo comprendió el mismo Alejandro; pero existían en las regiones inferiores del poder ciertas preocupaciones, rivalidades, ambiciones de secta ó de culto que se opusieron constantemente á aquel acto de emancipación. Unos figuraban á la religión griega en peligro, otros proclamaban que pronto los Jesuitas habrían invadido los diversos ramos de la administración pública; todos estaban conformes en decir que la Compañía abusaría de la libertad para acabar con los demás institutos de enseñanza. Casi imposible parecía á los hijos de Loyola obtener lo que pedían, cuando el conde José de Maistre abrazó su causa con toda su elocuencia incisiva y su recta razón, sin preocuparse por los obstáculos que podían oponérsele.

Era el conde de Maistre, mas bien que un diplomático, un grande escritor, un pensador audaz y profundo: habia en su espíritu y en su corazón un foco tal de vida, una abnegación tan completa de sí mismo por la idea que le parecia ser la verdad revelada, ó á lo menos demostrada por el razonamiento, que por hacerla triunfar, hubiera hecho cuantos sacrificios puede hacer la debilidad humana. Ni las exigencias del espíritu de partido, ni la oposición de la inteligencia, ni las dificultades de todo género procedentes de la época ó del lugar, pudieron servir de obstáculo á aquel genio verdaderamente emprendedor que dejaba impresa en cuantos objetos tocaba su huella de gigante. Poseído de un inmenso amor por lo verdadero, bueno y justo, aunque demasiado entregado quizás á su mordaz ironía, á la originalidad de su carácter, y á una oposición apasionada y constante, supo José de Maistre crearse en San Petersburgo una posición tan nueva como ventajosa. Católico ardiente, supo hacerse entre los griegos cismáticos algunos amigos que honraban su fe, que admiraban sus virtudes privadas, que se mostraban orgullosos de su genio. La lucha entre los universitarios rusos y los Jesuitas iba haciéndose á cada momento mas encarnizada, por ser para unos cuestion de evitar á todo trance un poderoso rival, y ser para los otros la cuestion de vida ó muerte. El Embajador de Cerdeña en la corte del Czar, que, en carácter de tal, ninguna parte podía tomar en aquellas interiores desavenencias, descubrió en ellas, co-

mo católico, una importante mision á llenar, y se encargó de llevarla á cabo.

Combatió Bzrozowski á los universitarios de Vilna con las poderosas armas de la lógica, mientras que elevaba de Maistre aquel asunto hasta la alta region en que él se veía colocado. Ocupábase Alejandro á la sazón en fundar sobre bases sólidas la educacion de su Imperio, cuando por deber, por conviccion y reconocimiento, el grande escritor piemontés que enriqueció la Francia con sus inmortales obras, vino á ofrecer su tributo á la causa de la libertad religiosa y paternal. Habíase dirigido ya el General de los Jesuitas al Ministro de Instruccion pública; á aquel mismo personaje se dirigió también José de Maistre. En sus cinco cartas inéditas aun, no aboga solamente por la Compañía de Jesús, sino que ensancha además casi involuntariamente la esfera de sus ideas, desenvolviendo el sistema que considera mas conforme á las costumbres, carácter y leyes de Rusia. Son sus escritos sobre el particular un conjunto de imágenes y consideraciones ó ideas nuevas que arrebatan; solo llega á su objeto principal en la cuarta de sus cartas, puesto que las tres primeras son consagradas á la idea filosófica; siéndolo tan solo las dos últimas en su conjunto y detalles á la Sociedad de Jesús, á la que procura seguir, ó mejor estudiar en todas sus relaciones con los pueblos y los Príncipes. Luego, presentando á todas las miradas el triste cuadro de locuras y crímenes que produjo en todos tiempos el espíritu revolucionario, exclama con un acento profético, que los acontecimientos de 1812 no pudieron desmentir mejor que los de 1845: «Esa secta que es á la vez una y muchas, circunda la Rusia, ó mejor penetra en ella y la ataca por todas partes hasta en sus mas profundas raíces; bástale por ahora que le presten atento oido á los jóvenes de todas las edades y que la toleren los Monarcas: ya se verán mas tarde sus progresos, y se oirá al fin su explosion.» Despues de haber trazado estas líneas, mas verdaderas cada dia á medida que se va ensanchando el círculo de la revolucion y que se propaga de un modo tan nefasto por la incuria criminal de los Príncipes, José de Maistre añade: «En tan inminente peligro, nada hay tan útil á los intereses de S. M. I. como una sociedad de hombres esencialmente enemigos de aquella, de quien la Rusia debe temerle todo, en particular para la instruccion de la juventud: es de todo punto imposible que pueda sustituir á la Compañía de Jesús otro preservativo mas ventajoso. Será esta Sociedad el perro

«guardian que nunca debeis despedir, aunque no le permitais mor-
«der á los ladrones; dejadle por el contrario dar vueltas al rededor
«de vuestra casa para que os despierte cuando llegue el caso, si no
«quereis ver descerrajadas sus puertas, ó que entren en ella por la
«ventana.»

No deja el escritor diplomático sin contestacion á cuantas objeciones se le pueden hacer: explica á continuacion el modo como entienden los Jesuitas la soberanía; y por medio de imágenes ó comparaciones sacadas de las costumbres militares, demuestra claramente que nunca trataron de crear para sí una autoridad independiente de la autoridad. «Los Jesuitas, se dice, quieren formar un «Estado en el Estado; ¡qué absurdo! esto equivaldria á decir que «un regimiento intenta levantar un Estado dentro el Estado, por-
«que no quiere depender mas que de su coronel, y que se conside-
«raria humillado y hasta ofendido si se le sometia al exámen é
«inspeccion de otro coronel extraño. Este regimiento que no se en-
«cierra en su cuartel para hacer el ejercicio, sino que por el con-
«trario lo hace públicamente y en presencia de los generales ins-
«pectores y del mismo Emperador, que sabrian castigarlo si hiciese
«mal sus maniobras; ¿no seria sumamente ridículo que bajo el frí-
«volo pretexto de unidad se obligara á ese regimiento (que con
«razon supongo intachable y modelo de decision y bizarría, como
«lo ha demostrado durante tres siglos), á que dejara de regirse por
«sus jefes, y se le sometiera al capricho de un capitán de milicia
«urbana que no hubiese desenvainado nunca su espada? Esto seria
«en verdad risible, en el caso de que no fuesen sus consecuencias
«en extremo funestas. Hé aquí, no obstante, señor Conde, á lo que
«se reduce ese funesto espantajo del Estado en el Estado. Un Esta-
«do en el Estado es un Estado oculto en el Estado; ó indepen-
«diente del Estado: los Jesuitas, así como todas las demás socieda-
«des legítimas, y aun mas que todas las otras, están bajo la mano
«del soberano; solo falta dejar caer esta y quedarán aplastados.»

Bzrozowski habia preparado el triunfo de la Sociedad de Jesús; el conde de Maistre tuvo la gloria de decidirlo. En 1812, fue erigido el colegio de Polotsk en universidad por orden del Czar, con todos los privilegios anexos á las demás academias; concesion que fue hecha en la víspera de las calamidades y las glorias de que iba la Rusia á ser vasto teatro. Llevaba ya Napoleon la guerra al corazon mismo del Imperio moscovita amenazando su nacionalidad;

cuando preocupado Alejandro por cuidados mucho mas arduos aun que los de la instruccion pública, hizo un llamamiento á sus pueblos para que se alzaran en masa á combatir aquella agresion tan injusta. Solícitos acudieron los rusos todos á la voz de su Soberano, dando á la Europa entera un ejémplo de adhesion y esfuerzo. Bzrozowski, que, aunque ruso, no podia tomar parte en aquella lucha á causa de su carácter sacerdotal, vió ya desde el primer momento que las circunstancias por que iba á atravesar el Imperio debían ser consideradas como el preludio de la reconstitucion de su Orden.

Entregada España á un hermano de Napoleon por medio de una alevosía que nunca podrá atenuar ni encubrir el humo de los campos de batalla; debilitada España en aquella época por el reinado de su último monarca, supo encontrar no obstante en el recuerdo de su gran Pelayo un nuevo bautismo de fuerza. Á la voz de sus sacerdotes y de sus guerrilleros, se alzó como un solo hombre para defender su independencia. No se ocultó á los Jesuitas que la hora de entrar nuevamente en la Península habia dado ya, porque su nombre era todavía en ella popular, como lo demostraban á todas luces las simpatías de que habian sido constanle objeto por parte de los españoles durante su destierro. Presentábaseles la ocasion de devolver á los Borbones un beneficio por un ultraje, y las víctimas de un error de Carlos III no titubearon en hacérselo trabajando eficazmente en favor de la restauracion de su posteridad. Decidióse Bzrozowski á entrar en España con cinco Padres mas del Instituto en 28 de agosto de 1812, á fin de preparar en ella el regreso de su Compañía. Como era á la sazón España un campo abierto á todos los enemigos de la idea revolucionaria, decidieronse los Jesuitas á pasar á ella y combatir con las armas que les son y serán siempre propias. Pedía en aquella época Luis Felipe, duque de Orleans, á la España alzada contra la Francia, el honor de pelear á la sombra de su pabellon, á fin de rehabilitar su nombre tan fatalmente comprometido en los excesos de 1793. En el mes de noviembre de 1812 contestó el ministro de Cultos, príncipe de Galitzin, en estos términos al General de los Jesuitas:

«Muy reverendo Padre:

«He elevado hasta S. M. I. la carta que en 30 de octubre os dignásteis dirigirme, junto con la nota que teneis intencion de pre-

«sentar á la Junta Suprema concierne al restablecimiento de «vuestra Orden en España. S. M. me manda os prevenga que no «se opondrá en lo mas mínimo á la ejecucion de vuestro proyecto, «en el que considera no deber tomar parte alguna por serle enteramente extraño, puesto que el establecimiento en cuestion debe «verificarse fuera de su Imperio.»

Mientras que procuraban los Jesuitas reconquistar el terreno que la filosofia del siglo XVIII les habia hecho perder, se organizaba en el seno de Rusia un cúmulo de intereses que debia preparar su caida. Esta agregacion era la Sociedad biblica. La invasion de los ejércitos franceses en el territorio moscovita habia unido á la Inglaterra con el gabinete de San Petersburgo, por ser aquella la aliada natural de cuantos Estados Napoleon se declaraba enemigo. Ofreció á Alejandro ayudarle en su lucha contra el hombre que soñaba la ruina de la Gran Bretaña; y en arras de aquel tratado que iba á cambiar la faz de Europa, obtuvo desde 1811 que la Sociedad biblica de Lóndres, ese inmenso bazar que cubre el mundo con sus productos y transforma una obra de piedad en especulacion mercantil, podria establecer una sucursal en San Petersburgo. Pocos meses despues sentaron su planta en el continente ruso los doctores Patterson y Pinkerton con la mision de vulgarizar la Biblia protestante.

El incendio de Moscou, los desastres calculados y las victorias de su ejército, victorias que no fueron enteramente debidas á la pericia de sus generales ni al valor y decision de sus soldados, las desgracias de lo presente, las esperanzas de lo por venir, todo habia contribuido á modificar en gran manera el carácter asaz impresionable de Alejandro. Dotado de una alma apasionada, siempre dispuesta á lanzarse en lo vago de las ideas para evitar la realidad de sus íntimas turbaciones y de sus recuerdos, veíase el Czar aterrado ante la responsabilidad que iban acumulando los acontecimientos sobre su cabeza. En medio del triste aspecto que ofrecian sus ciudades devastadas, sus sangrientas campañas y su ejército mancomunándose con los elementos para acabar con los franceses, elevaba aquel Príncipe, jóven todavía y siempre hermoso, su corazon al cielo á fin de calmar las fugitivas impresiones que le agitaban sin cesar. Tan indiferente al placer como á la gloria, solo ambicionaba Alejandro la paz de su conciencia; hé aquí por qué su ministro Galitzin le indicó las santas Escrituras como el puro manantial de todo